

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos y á cada número acompaña una lámina representando unas, las últimas

Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, ect., ó bien lindos dibujos para bordados de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 6 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—Revista de teatros. El amor y el almuerzo, zarzuela en un acto.—Noticias de los teatros de Cádiz.—Nota sobre algunos espectáculos callejeros.—Una paz hecha sin preliminares, sin conferencias y sin notas diplomáticas, por Fernan Caballero; conclusion.—Modas de París.—La primera cita de amor, por Ignacio Virto.—Geroglífico.

Acompaña al presente número una lámina de EL ALBUM ANDALUZ.

TEATRO DEL CIRCO.

EL AMOR Y EL ALMUERZO, zarzuela en un acto.

Es para alabar á Dios el considerar el portentoso número de zarzuelas con que un día y otro nos regalan las incansables plumas de los poetas y compositores de Madrid, y á fé que si aquellas fueran tan buenas como son tantas, no habria en todo el globo pais que se nos pudiera poner delante. No es esto, ni con mucho, el calificarlas á todas de malas, puesto que entre las recientemente ejecutadas aqui las hay bastante lindas; pero fuerza es convenir que las mas de ellas pecan ó por la música ó por la letra, y no pocas por ambas cosas á la vez. *Jugar con fuego*, *El valle de Andorra* y *El Dominó azul* no han tenido de entonces acá quien con ellas rivalice; se entiende como obras del arte de cierta importancia, puesto que no podemos equipararlas á tal cual agradable juguete ó á tal cual produccion de mas modestas pretensiones, aunque de indisputable mérito, como *El grumete*, *El estreno de una artista* y *El vizconde*.

Por la uña se saca al leon, y nosotros por el Circo sacamos la fuerza del repertorio lirico reciente, el cual, salvas algunas honrosas escepciones, ofrece esperpentos como *Diego Corrientes*, absurdos intragables como *La*

cola del diablo, é insubstancialidades como *El amor y el almuerzo*, de que vamos á decir algunas palabras.

Un tenedor de libros, á la sazón sin destino, galantea á la criada de una casa, la cual le corresponde porque lleva guantes, y como su prenda es tenedor, le recuerda con delicia siempre que pone en la mesa los tenedores. La falta de colocacion tiene al amante tan hambriento que su tierna cocinera, aprovechando la ocasion de ballarse ausentes sus amos, le previene una excelente tortilla para almorzar; pero en el momento de hincarle el diente, hé aquí que llaman á la puerta y que entra la señora á quien se suponía aun en Madrid, siendo forzoso que se esconda el intruso tenedor. Este, sin embargo, reconoce en el ama de la casa á cierta prójima á la cual ha dicho en un baile sus chicleos, no mal recibidos ciertamente; de modo que su insólita presencia allí puede tener por motivo el seguirla llevado de una irresistible pasión. Díceselo él y ella se lo cree á términos de convidarle á almorzar; cosa que, como puede suponerse, lleva muy á mal la criada, advertida por ciertas familiaridades de que su amante no es hombre para rehusar aquella buena ocasion que se le entra por sus puertas. Una feliz casualidad viene en su auxilio: el marido de la señora, que estaba de caza, llama á su vez, y el almuerzo vuelve á quedar en deseos, tornándose á esconder el galán.

Ahora bien, este marido, aunque viejo y ridiculo, pretende conquistar á su criada, y para ablandar sus rigores le trae un gallo, que se promete almorzar con ella, toda vez que cree que su esposa no ha vuelto aun de la corte. Ofendida la cocinera de los anteriores desmanes de su tenedor, y sabiendo que la ve y que la oye, finge escuchar con benevolencia las nada limpias propuestas del viejo, con lo cual el mozo estimulado por los

celos sale de su alacena para protestar contra aquel desacato á la moral. En fin, despues de algunos otros incidentes tan verosímiles, y sobre todo, tan ingeniosos como los ya referidos, averigua el mozo que aquel señor era el mismo á quien un amigo le habia recomendado para obtener una colocacion en su propia casa; con lo cual se le da á conocer, manifestándole que todas aquellas cosas que allí ha hecho han sido puras bromas, porque él es muy bromista y muy jocoso. El zopenco del caballero lo cree, y en prueba de ello lo convida á almorzar; pero mientras se dispone á sentarse á la mesa el hambriento tene-dor, ocupa su lugar la criada, y entre los amos y eila no dejan bocado de la tortilla; de forma que cuando él llega, hallándose los platos vacíos, concluye lamentándose con el público.

Ahora bien, cualquiera que acostumbre frecuentar, por poco que sea, los teatros, no habrá podido dejar de ver en cada una de las situaciones de la zarzuela en cuestion otros tantos plágios de piezas sabidas de todos hasta la saciedad. Así los continuos obstáculos con que tropieza el hambriento galanteador, y que al cabo le impiden almorzar mientras vé que otros se engullen su parte, no pueden menos de traernos á la memoria al *Gastrónomo en Vista Alegre*; el viejo marido que solicita á su criada en ausencia de su consorte, es un remedo fiel de igual lance en *Juanito y Juanita*; y la franca declaracion que hace el mancebo al dueño de la casa de que ama á su propia mujer, juzgándola sobrina y no esposa del tal, es ni mas ni menos lo que vemos en *La novia de palo*. A ser mas larga la zarzuela, único defecto que no tiene, la lista de estos escamoteos dramáticos seria interminable.

Esta taracéa está hilyanada con esa soltura y esa intrepidez dramática que caracterizan al Sr. Olona, merced á lo cual no deja de hacer reir, si bien no está uno seguro de haberse reido con razon. Vemos pues aqui, como en todas sus demás producciones, esos personajes ardillas, que corren, que saltan, que tropiezan, que derriban, que aparecen y que desaparecen sin saberse de donde vienen ni por donde se ván: vemos en suma esa movilidad que trastorna, que marea, y que principiando por entretener concluye por abrumar.

Respecto á música diremos que prometió lo que no logró cumplir. El duetino de introduccion gustó mucho y aun se hizo repetir; pero las demás piezas no hicieron mas

que pasar, y como la conclusion, contra lo que debiera esperarse, es fria, tampoco obtuvo aplauso. No es esto decir que la zarzuela de que nos ocupamos dejará de dar entradas; porque en lo que toca á este género confesamos que hemos perdido completamente la brújula, toda vez que el éxito no puede calcularse por ningun dato racional.

Baste decir que el *diablo* lleva allí ya muchas colas arrancadas, y que todavía le retoñarán no pocas.

F. F. A.

NOTICIAS DE LOS TEATROS DE CADIZ.

Podemos anunciar como primera noticia á nuestros lectores, que el martes próximo se pondrá en escena en el Principal el drama nuevo *Mi siglo y mi corazon*, original del Sr. Benot, y de que ya dimos conocimiento en nuestro anterior número.

El martes último llegó á esta de paso para Sevilla, y procedente de Lisboa el empresario de la compañía lirica que, segun contrata, debe funcionar en breve en este teatro Principal. Para robustecer aquella traia consigo al baritono Sr. Rossi, y tan luego como allí termine el actual abono vendrá á cumplir su compromiso. De las partes que en su principio la componian tenemos entendido que solo ha quedado la Sra. Vittadini y alguno que otro artista, habiendo adquirido en lugar de los salientes á la *prima donna* Sra. Tilli y al tenor Sr. Irfre.

Es por tanto casi seguro que los aficionados á la filarmonía podrán gozar de su favorito espectáculo cuando mas tarde para principios del próximo mes.

Como oficiales se nos han dado las anteriores noticias, y por eso las trasmitimos á nuestros lectores, si bien declinamos la responsabilidad de su exactitud en quien haya lugar.

F. F. A.

NOTA SOBRE ALGUNOS ESPECTACULOS CALLEJEROS.

No son, ni con mucho, tan anchas las calles de Cádiz que ofrezcan sitio bastante al tránsito pedestre, á los carruages y á las bes-

tias de carga, y que dejen aun suficiente espacio para exhibiciones de monas, de micos y de jaquitas adocrinadas; de forma que en parándose á ejercitar sus habilidades una de esas compañías de animalitos, no hay mas que echar por otro camino, siquiera tenga V. que rodear diez manzanas. Pocas tardes ha nos aconteció ese percance con motivo de una feísima mona con su casaca encarnada, sus charreteras de oro y su sombrero con plumas, que hacía sus habilidades sobre un perro, y á la que sucedió en ellas un caballito de talla lapona, el cual, entre otras gracias, señalaba almas borracho de sus espectadores, no sin que se amostazase soberanamente el objeto de aquella alusion personal. De esquina á esquina llegaba la concurrencia, y no ya una humana persona, sino el mas exiguo raton habria hallado insuperables dificultades para pasar.

Nosotros no tratamos de oponernos á que las monas, en uso de su derecho inconcuso, cabalguen sobre los perros, y si quieren, tambien sobre los gatos; pero no hallamos justo que el que porque ellas vayan á caballo no nos sea posible á nosotros siquiera el andar á pié por donde bien nos parezca. Nuestra pretension no puede ser mas modesta.

F. F. A.

Una paz hecha sin preliminares, sin conferencias y sin notas diplomáticas. Escena popular andaluza, por Fernan Caballero.

(CONCLUSION.)

—Pues mire V., repuso el vejerano, que los chicianeros pueden echar planta! Que lo diga a duquesa de Medina-Sidonia, y lo que le pasó cuando vino á Chiclana á visitar sus estados!

—Y qué fué? preguntó el cojo de Conil.

—Entonces, así contó el naranjero, estaba todavía en pié el castillo que despues han echado abajo, pero no tenia puertas, por lo que en su lugar colgaron una cortina de damasco en la estancia de Su Excelencia. Es de advertir, que como el hueco era muy alto, la cortina no llegaba hasta el suelo. Se juntó el ayuntamiento de la villa para discurrir el modo de hacerle su venera á la señora y de hacerle un agasajo, y lo que discurrieron fué llevarle un plato de brevas. Así lo hicieron marchando por delante el alcalde con el plato de brevas, y siguiendo los demás en procesion.

Cuando llegaron y se encontraron con la cortina, se preguntaron unos á otros que cómo se entraba? pero ninguno acertó en el modo de hacerlo, hasta que el alcalde, que era el mas listo, se puso á gatas y coló por debajo de la cortina con su plato de brevas en una mano, y gateando con la otra; los demás hicieron lo propio.

Cuando la duquesa vió entrar aquella procesion á gatas se asustó, y luego que se enteró del asunto le dió tal corage, porque lo tomó á guasa, que cuando le presentaron las brevas las cogió y se las empezó á tirar; el ilustre ayuntamiento echó á correr que volaba, y cuando estuvieron en la calle se decian unos á otros:

«Si como han sido brevas hubieran sido chinas, nos achoca la indina!»

—Si como mientes corres, dijo el tio Mambrú, el demonio que te alcance!

—Muchísima verdad que es, opinó el de Conil; que ese lance lo saben hasta las piedras de la calle; desde que principió el relato lo recordé.

—Oye, pata galana, ¿hay en tu pueblo pilon para las bestias?

—En donde hay campanas hay de todo, tio Mambrú: por qué lo pregunta V? Tiene V. sed?

—No lo pregunta por eso, dijo el tio Cayetano; sino para recordarte á tí el alcalde de tu pueblo que lo mandó á hacer, y no sabiendo el albañil la altura que le habia de dar, se puso el alcalde á gatas y le dijo: «á esta altura; que donde alcanzo yo alcanza un burro.»

—Ya estoy, ya estoy, señor Cayetano, que mas corre un cojo que un sano, contestó el de Conil; en mi resguardo nada se pasa por alto, y mas que sea el tio Mambrú un soldado viejo, ó un gitano.... se entera V? Por via del judío! y qué sobre si están los ataja-primos!

—Y qué insolentes los desechados!

—Y qué entrometidos los tardíos! respondió con coraje el de Conil.

—Señores, paz! que parecen Vds. gallos de reñidero, observó un viejo de Medina que vendia los ricos alfajores que allí se elaboran.

—Tau, tau, callen los zorros, repuso el cojo.

Mas antes de proseguir y de pintar la esplosion de coraje que (como si estos apodos hubiesen sido las mayores injurias personales) produjeron en aquellos á quienes se aplicaba, referiremos el orijen de cada cual, lo que no deja de ser curioso, y de tener algun interés para los pocos que en nuestro país estudian é interesa la indole y el giro de las invenciones burlescas y tradicionales del pueblo de campo.

Los ataja-primos, mal nombre que pica de muerte á los chicianeros, dicen que debe su orijen á dos primos, que estando en la orilla del rio vieron la luna reflejada en él y la quisieron coger; pero como por mas que corrian el reflejo quedaba siempre á igual distancia de ellos, y nunca lo podian alcanzar, le dijo el uno al otro: «Dá vuelta, adelántate y atájala, primo.»

El de *tardíos* que incomoda tanto á los de Vejer, proviene de haber querido echar abajo un peñasco que les estorbaba y que tiene vetas amarillas. Cuéntase que el medio de que se valieron para llevar á cabo tan ardua empresa, fué el tirarle huevos, los que se estrellaron en él como lo atestiguan las vetas amarillas. Habiendo consumido sin obtener resultado el repuesto de huevos que llevaban, enviaron á algunos de entre ellos al pueblo para que les tragesen mas. Tardándose los comisionados y estando ellos tan enfundados y tan impacientes por llevar su obra á cabo, se pusieron á darles voces diciendo: «Llegad, *tardíos!*»

En cuanto al de *zorros* que enfurece á los de Medina, refiérese que estando ese pueblo en poder de moros y no pudiendo los españoles hacerse dueños de él, discurrieron una treta que fué la de finjirse zorros. Así sucedió que una noche los moros de Medina oyeron con espanto tal concierto de abullidos de zorros en todas direcciones y un tau, tau, tan estrepitoso y general, que se asustaron y abandonaron el pueblo, de que se posesionaron pacíficamente los finjidos zorros.

Tocante á los *desechados* de Conil, no hemos podido á pesar de nuestras investigaciones hallarle mas etimología, sino el que en siendo de Conil, nadie los quiere ni encuentran cabida.

La contienda se iba acalorando cada vez mas, sin que el tio Cayetano que tenia buena índole tomase parte en ella.

—Señor, le dijo el veterano; está V. ahí como el niño de Diego, que nació mudo, sordo y ciego!

—En boca cerrada no entran moscas, contestó el interpelado.

—Pero no los está V. oyendo? Por via del dios Baco! que tiene V. mas calma que la iglesia mayor.

—Dos buenos callos me han nacido; uno en la boca y otro en los oídos: contestó el tio Cayetano.

—Pues estos deslenguados no tienen ninguno en la boca, ni yo ninguno en los oídos.

—Ni en la lengua, dijo el de Conil; que estoy para mí, que con los franceses aquellos que le llevaban un gema á los de ahora, no habia V. de gallorear tanto.

—Eso es! contestó furioso el veterano, eso es! tú, *desechado*, cara de sardina frita, como me ves viejo, me insultas por aquella orden del dia de los cobardes y pillos! A toro muerto, gran lanzada!...

—Cristianos, callar! dijo el tio Cayetano; que duro con duro no hizo jamás buen muro.

Los *intrépidos obstáculos* de los *sítios públicos*, que entre otras buenas cualidades cuentan la de ser curiosos, y de enterarse de lo que no es menester, de lo que no les va ni les viene, habian acudido al oír las voces de los contrincantes, se habian impuesto del origen de la querella, y cantaban ahora en voz y en grito:

De Medina son los zorros,
de Vejer la pompa vana,
de Conil los desechados,
los borrachos de Chiclana.

—Quereis callar, hato de tunos y pelgares? les gritó el de Conil levantando con amenaza su muleta.

—Canta la rana, canta la rana.

—Y no tiene pelo ni lana, gritaron en coro y en diversas voces á cual mas desentonadas los pilluelos.

—Canta la rana, canta la rana.

—Y no tiene ni pelo ni lana.

Entre tanto otros chiclaneros se habian unido al tio Mamburá en defensa de su nacionalidad. Los gritos habian llegado del *crescendo* al *fortissimo*. La turba muchachil habia acudido á su económico proyectil, y se apedreaban sin piedad. Los de la contienda cada vez mas exaltados, se tiraban volantes sacados de un diccionario no académico y se preparaban con gestos amenazadores á venirse á las manos, cuando de repente y como por mágica, sucedió á esta algazara general un absoluto silencio, á este encarnizamiento el olvido y la indiferencia mas completa. En un momento los *intrépidos inconvenientes* en la mas perfecta union habian despejado el campo, y se les vió cual salamanquesas trepados y pegados á las rejillas de las primeras casas que pudieron alcanzar. El naranjero corrió hácia una cuadra y desapareció; el cojo pudo alcanzar una berlina sin enganchar que se hallaba al frente, cuya portezuela abrió cubriéndose en ella y volviendo á cerrarla; la mayor parte, sobre todo los pobres viejos, se subieron sobre el parapeto del rio y saltaron al otro lado, escondiéndose entre las yerbas. La asamblea se deshizo como el humo; el terraplen, poco antes campo de Agramante, apareció solo, tranquilo, despejado como una iglesia á media noche.

Este pronto y pacífico desenlace, este súbito cambio en los ánimos, esta paz improvisada, este calmante de las iras, este pacificador por excelencia, este cortador de nudos gordianos era... un toro de cuerda que se habia presentado repentinamente, desembocando por una de las calles que abren en el terraplen; toro, que despues de haberse parado un momento y vacilado sobre la direccion que tomara, se habia decidido por la que conducia al puente y se acercaba corriendo, seguido de una gran muchedumbre gritadora, silbadora, soez, descompuesta, y frenética.

El taquígrafo que se habia ya ausentado desde el fuego graneado de voces indisciplinadas, y observaba desde la orilla opuesta el mágico y magnífico efecto causado por la presencia de aquel pacificador, deseó de todo corazón que no parase su carrera; y que despues de dar la vuelta de Europa, de Asia, de Africa, de América, de China con igual feliz resultado, viniese á ser co-

ronado de olivo y á reemplazar con ventaja en su altar al becerro de oro.

MODAS DE PARIS.

Los dibujos de las telas son gigantescos, de listas anchas, de alegrías, ó de ramos. Hay vestidos con farfalas con flecos tejidos al pié, ó con listas de color sombreado, tal como los llamados Medora. El llamado Aurelia es azul con un fondo salpicado de florecitas; otro vestido con volantes recamados, de fondo color de granate que se nombra Rafaela y es lo mas elegante que se puede ver. La magnífica tela, llamada «bautizo imperial,» es una especie de grós de canutillo. Hay vestidos con volantes en los que están tejidos grandes ramos de rosas que causan gran efecto. Estas telas son todas para vestidos de ceremonia.

Las personas á las que gusta la sencillez con elegancia, eligen moirés antique, tafetanes escoceses, vestidos recamados, los que están salpicados de florecitas ó motitas, los fulares que vuelven á estar en voga, ó tafetanes de fantasía de dibujo menudo. Estos tafetanes, así como los de cuadros pequeños y listas menudas, son los que se prefieren para Señoritas.

En cuanto á trajes frescos para verano, los he visto blancos con volantes magníficamente bordados. Dicese que se llevarán mucho para muy vestidas, sobre todo en las reuniones que habrá en los sitios de baños. Para por la mañana preciosas muselinas de color y jalonas, rayadas, ó salpicadas de ramos, ó con volantes estampados. El fular de lana jaspeado, la Bengalina, que es un tejido de seda y lana con listas sesgadas, el lienzo de China con volantes, el cúti de lana, se gastan para vestidos de casa, ó para calle cuando hace mal tiempo.

Las hechuras varían á lo infinito; se llevarán manteletas y chales de encaje de Cambrai ó de Chantilli, pues nada es mas lindo que el encaje para Señoritas. Estos chales cuadrados se guarnecen con dos encajes, uno al pié, otro mas arriba. Hácense de la misma suerte de tafetan negro para por las mañanas, siendo los volantes igualmente de tafetan. Se hacen tambien estas manteletas de hechura de toquilla de cachimir colorado, verde, negro ó azul guarnecidas con encajes.

Se hacen gавanes con mangas ceñidos al talle con faldetas largas y muy anchas; el tafetan negro es la tela mas apropiada para hacerlos; se guarnecen de flecos de felpilla mezclada con azabaches. Si se quiere se pueden guarnecer con encajes de Cambrai ó de Chantilli, lo que hace muy rico sin ser dispendioso; pero para las señoritas, convienen mas el fleco que el encaje.

Para vestirse con lujo, se ponen manteletas

escotadas de fondo de encaje ó de tul liso cubiertas con felpilla y guarnecidas con encajes. Se hacen de tafetan y se guarnecen con terciopelo cortado, con pasamanería, ó con un bordado de avalorios. Mencionaré como cosa estraña una manteleta de terciopelo negro bordado de colores y otra de tafetan de color bordado de terciopelo. Algunas tienen los picos de delante largos y cuadrados; otras cortos y picudos como toquillas: como si se vé, en este ramo reina gran variedad. No debo olvidar las manteletas Mannon Lescaut con buches, encajes, y capucha: son tan lindas que bien merecen mencionarse.

Se hacen preciosas toquillas á lo Luis XIII compuestas de buches embutidos de encaje, adornados con lazos de cintas.

Los canesús blancos continúan llevándose, y se denominan *corsages*, esto es *cuerpos*; se hacen de muselina clara lisa ó bien de motitas, tambien se hacen de tul blanco salpicado, adornados con cintitas de terciopelo negro, aunque debemos advertir que la moda del negro, si nó ha pasado del todo, va decayendo.

Las mangas de debajo conservan toda su aristocrática elegancia.

Las camisas se hacen á la criolla, bordadas las delanteras en forma de abanico, con mangas escesivamente cortas.

Las enaguas se hacen de diversas maneras, como lo describí en mi última comunicacion.

Las batas, las almillas, los pañuelos, todo se hacen con ricos bordados.

En cuanto á pañolones, fuera aparte de los de cachemira de la India y los cachemiras franceses, se usan muy lindos de seda con guardillas de palmas tejidas, y tambien los de seda granadina escoceses ó listados.

Dicen que se volverán á estilar chales de crespon de China, como igualmente de Barege, largos y tambien cuadrados: los habrá de cachemira bordados de seda, y los legítimos de cachemira, que por su alto precio, son siempre los mas distinguidos.

La hechura de los vestidos no ha mudado, llevándose altos, con aldetas y con mangas guarnecidas de volantes, como igualmente las faldas. Llévanse lisas tambien, sobre todo en telas de listas. Con estas se llevan enaguas almidonadas ó de crisolina.

En los sombreros no hay variacion, se llevan muy echados atrás y muy guarnecidos por los lados. Para muy vestidas se preferirán los de paja de arroz. Se hacen muy lindos de crespon rayado ó impreso, así como de crespon de dos colores; esto es, el ala de tafetan color de rosa y la copa de crespon blanco. He visto muy bonitos sombreros de tul negro bordados con azabaches.

Se llevan unas cófias de paja calada, que hacen muy bien para el teatro, y que son tan originales como nuevas.

LA PRIMERA CITA DE AMOR.

I.

Tenia yo diez y seis años en el de 184....

¡Qué hermosos son los diez y seis años! Es la edad de los sueños, de las expansiones, de los suspiros sin objeto, de las creencias y de los amores espirituales.

Es la edad en que el perfume de la vida quiere rebosar en nosotros como las tempranas rosas del Abril encerradas en su boton.

¿Será que el sol haya sido en nuestra juventud mas esplendente, los lagos mas serenos, el cielo mas puro, la luna mas melancólica, los valles mas risueños, las flores mas olorosas, las mujeres, en fin, mas *ángeles* ó menos *mujeres*? ¿Será que entonces unos ojos negros, rasgados, provocativos, tenían la virtud de ponernos encendidos como la grana y apresurar los latidos del corazón, y unos ojos azules, puros y serenos, nos traían á la memoria las hadas de los cuentos y los arcángeles y serafines? Ay! no: el mundo es siempre el mismo; los ojos siempre son ojos, buenos ó malos: lo hermoso es la adolescencia, la dulce primavera de la vida.

Me agrada un hombre que á los diez y seis años haya soñado, en una hada ligera y vaporosa como la gasa, de cabellos de oro, frente virginal y ojos de color de cielo, velados por luegas y sedosas pestañas.

En una corona de laurel que una reina ceñía á su frente, ante un inmenso gentío que le victoreaba.

En ejércitos que á su voz corrían á la victoria, en ciudades ganadas en fiera lid al enemigo, en batallas que luego le hacían tornar con la palma del vencedor.

En torneos, en los cuales era aclamado por valiente entre los valientes, y ufano recibía el premio de manos de la mas encantadora de las princesas.

En reinas de la hermosura, puras como las flores que crecen entre la nieve de los Alpes, y de cuyos labios no habian salido mas que para él palabras de amor y felicidad.

En carrozas que cruzaban entre una turba que aplaudía frenética y arrojaba flores en su camino, mientras él inclinaba su cabeza en el seno de una diosa, bebiendo, enagenado de amor, el purísimo aliento de sus labios.

Que se haya creído grande entre los grandes, poderoso entre los poderosos.

Me gusta que un hombre haya soñado todo esto á los diez y seis años, aunque luego haya concluido por ser escribiente de loterías.

II.

Tenia yo, pues, diez y seis años en el de gracia de 184....

Habia leído á Lamartine, Rousseau y Saint-Pierre.

Escusado es decir que creia á pié juntillas en las *Grazzuelas*, en la *Julias* y en las *Virginias*.

En el solitario colegio, donde vivia encerrado, solo habia conocido á mis camaradas, á mis profesores, y á los personajes de las guerras *Catlinarias*, y de las comedias de Plauto y de Terencio.

Era huérfano.

Mi corazón, virgen de verdaderas afecciones, habíase abierto al amor y á la poesía, inspirado por la lectura de Lamartine.

Lamartine! el poeta que ha sabido cantar lo que dicen las auras, cuando murmuran en las hojas del bosque que sombrea las orillas de los lagos! ¡El que ha cantado lo que dicen las olas, ya besen dulcemente las arenosas playas, ya se estrellen ruiendo contra los erizados peñascos! ¡Bendito sea Lamartine! Dios, que ha oído sus himnos, porque los himnos cantados por Lamartine llegan al cielo, derramará sobre el desgraciado poeta la paz y la felicidad en las últimas horas de su vida!

III.

En aquella época fui sacado del colegio por un tío enfermo que queria cuidar de mi educacion.

Sali como el pájaro que por primera vez tiende sus alas en el espacio, y entre temeroso y osado, todo quise verlo, los montes, los llanos, los mares, los rios, los valles, los lagos, todo.

Mi tío vivia en un pequeño pueblecito que nada importa su nombre, situado á la falda de una montaña á orillas del mar. Aquel conjunto de casas apiñadas y blanquísimas, me pareció una bandada de garzotas que se guarecian, agrupándose, del furor de la tempestad. No dejaba de ser pintoresco para una imaginacion que soñaba con las islas de Ischia y Frócida.

Una semana habia que estaba en él y solo habia visto mujeres pobres y mal vestidas, tostadas por el sol, que hacían cuerdas de esparto. Los hombres iban al nacer el día á sus labores y no regresaban hasta que el sol se perdía en los mares de occidente. Barcas de pescadores de una sola vela entraban y salían en la pequeña ensenada que nacía á veinte pasos de las casas.

Me dediqué á cuidar á mi protector y en las horas libres á vagar sin direccion por los alrededores.

Cuando en mis escursiones me paseaba delante de aquellas muchachas, ocupadas en un trabajo rudo y penoso, que cantaban alegremente y me miraban con ojos espantados, riéndose sin duda de mí, hubiese hecho á cualquiera de ellas la confidenta, la depositaria de los tesoros de amor y de ternura que guardaba en mi alma.

¡Oh, si una me hubiese escuchado! Seguro es que me hubiera creído en el colmo de la felicidad. Yo no deseaba mas que hallar en carne y hueso el fantasma que amaba.

Todas me parecían buenas.

Y á propósito, como dice Karr, nuestras primeras palabras de amor, cuando todavía se encierra en nuestro corazón todo lo más puro y santo, cuando no hemos dicho aun, trémulos de placer, «Yo te amo».... por lo comun al salir por primera vez esta hermosa frase de nuestros labios la recoge alguna fregatriz ó alguna niñera.

¡La primera ráfaga de nuestras ilusiones muere perdida en el vacío!

¡La perla cae casi siempre en el fango!

IV.

No me sucedió á mí así.

Una hermosa mañana de primavera, paseaba junto á la tapia del jardín de una de las casitas situadas á orillas del mar.

¡Pensaba en lo mismo!

De pronto dos voces atipladas me sacaron de mi enagenamiento!

¡Oh dicha! eran voces femeninas; si mis oídos me hubiesen engañado me lo hubiera dicho mi corazón.

Sonaban á diez pasos de mí en el jardín.

Ví un limonero cuyas lustrosas hojas sobresalían por encima de la tapia y trepé.

Ocúlteme lo mejor que pude.

Eran dos jóvenes bellísimas. Su traje no era el del país. Una podría tener diez y ocho años. La otra quince.

Era la mayor una arrogante morena de negros ojos y abundantes cabellos. Era la otra una rubita, de ojos azules, esbelta, delicada, bellísima.

Apoyaba su cabeza en el hombro de su compañera. Parecía una azucena tierna, débil aun, que descansaba sobre un pomposo clavel.

Me decidí por ella.

¡Ojos azules! El color del cielo, es decir, la dicha completa, la felicidad eterna!

Hoy hubiera preferido á la morena.... No, no; hubiera preferido á las dos.

¡Bendito sea lo azul! El color de los ojos de la mujer que más amo en el mundo!

Las jóvenes habían callado y paseaban.

—Hermosas flores! dijo la morena.

—Hermosísimas, dijo mi rubia.

Advierte, bella lectora, que ya la llamo *mi*. Es propio de enamorados.

¡Aquella voz era angelical, yo estaba loco!

—Sin embargo, es mejor la ciudad.

—Yo amo más el campo.

¡Le gustaba el campo! Un estremecimiento de alegría por poco me hizo caer del árbol con grave detrimento de mi individuo.

—¡Precioso clavel! dijo la morena y arrancó uno de color encendido.

—Mas me agradan los lirios, y mi ángel cogió un hermoso lirio azul.

¡También el lirio es azul! No necesitaba

más para creerme perdidamente enamorado!

Seguían paseando. Ya no escuchaba su voz. Poco después desaparecieron en una espesa calle de árboles.

Yo permanecí en el mío más de una hora. Fué inútil. No volvieron á aparecer. Tuve que bajarme, no me vieran y me tomaran por un ladronzuelo de limones.

V.

A las dos horas ya sabía lo que anhelaba.

Se llamaba Rosa (hablo de la rubia) y venía á pasar allí todos los años la temporada de verano.

Necesitaba hablarla. Y ¿cómo?

A la caída de la tarde las encontré á orillas del mar.

Las saludé como Dios me dió á entender. Debí ponerme colorado como la grana.

Les parecería ridículo. Contestaron á mi saludo sonriendo.

Quise seguirlas.... y quedé clavado en mi sitio.... y si se hubiera enfadado?

Al otro día mandé á decirles que quería hablarlas.

Me contestaron que todas las tardes bajaban á orillas del mar y que me acercase á ellas.

¡No podía creerlo! ¡Me consideraba el más feliz de los mortales!

Sin embargo.... tenía miedo; no me había visto nunca frente á frente de una mujer amada: hasta entonces no había sido más que en sueños; ¿Qué le diría ahora?

Me puse la más bonita de mis corbatas.

Anhelaba y temía llegase la hora en que acostumbraban bajar á paseo.

Llegó y fui.

Se habían ellas anticipado y paseaban cojidas del brazo.

Me acerqué.... y balbuceé un cumplido que yo mismo no entendí. Estaba enagenado.

—Es V. de este pueblo? me preguntó la mayor.

—No señora: solo estoy ha ocho días en él: he sido llamado por un tío que se halla enfermo.

—Ah! es V. de Sevilla! me dijo Rosa.

—No, he pasado mi infancia en el colegio de... y no he salido nunca de él.

¡Para qué contarte, lector, lo mucho que hablamos, las muestras de cariño que di á Rosa, la tarde feliz que pasé; si todo esto no es más que un recuerdo que dormía en el fondo de mi corazón, y hoy se despierta solo para dejar huellas de dolor?

Cuando se despidieron, pude acercarme á Rosa y decirle.

—Rosa, quisiera hablar á V. á solas.

—Cómo!

—Me vá en ello la vida? Se lo suplico en nombre de lo que más quiera en el mundo!

—Bien; mañana á la tarde.

—Pero.... su amiga de V?

—Yo lo arreglaré.

VII.

Mi corazón rebosaba de felicidad.

Yo necesitaba hacer á todos partícipes de mi ventura.

¡Si yo hubiese tenido madre!

No pude dormir... al rayar el alba ya corría como un desesperado.

¡Al fin iba á hablar de amor á una mujer, y á una mujer hermosa!

Hablabo solo. Contaba mi ventura á las olas, á los árboles, á las flores.

No tuve gana de comer.... y esperé.

Seguia con la vista al sol que al teñir con ese color de rosa que toma en su ocaso la cresta de las montañas, me anunciaria mi felicidad.

Aquella tarde fui el primero en llegar.

Los latidos de mi corazón eran fuertes y desacompanados.

Las ví venir y temblé: creia yo que se iba á decidir mi suerte futura.

Rosa estaba encantadora; su hermoso rostro brillaba como nunca.

Nos saludamos.... y paseamos. Yo no sabia que decir.

Nos dirigimos á una cabaña de pescadores, que las olas del mar azotaban cuando se embravecia.

A seis pasos de la cabaña habia un asiento de piedra sombreado por un naranjo.

La amiga de Rosa entró en la cabaña, y esta se sentó en el banco.

Habia llegado el momento!

Un nudo terrible me apretaba la garganta y me impedía hablar.

Al fin empecé... y dije...

No, no puedo recordar lo que dije en aquel momento! Figuraos una imaginación de diez y seis años, exaltada por la lectura, y al lado de un ángel como Rosa!

Todo, todo lo que ahora quiero decir me parece pálido!

Recuerdo sí, que la dije que era mas pura que las blancas flores de azahar que se balan-

cebaban sobre nuestras cabezas; que mi corazón estaba sediento de cariño por no haber conocido las caricias de una madre; que se me habia aparecido como un ángel, y como un ángel la adoraba!

Hablamos mucho, mucho.

Las olas tranquilas venian á besar dulcemente la arena que hollábamos con nuestros piés, los pájaros se despedían hasta el día siguiente del rey de los astros.

Y Rosa y yo seguíamos hablando!

¡Hermosas y dulces horas de amor que ya no vendrán nunca!

El sol habia desaparecido y habian callado los pájaros.

Las barcas de los pescadores habian encendido sus faroles y parecían fuegos fátuos que se mecían sobre las olas.

Rosa y yo, cogidos de las manos decíamos:

—Me amarás mucho?

—Y tú á mí?

—Hasta la muerte, Eduardo.

.....
.....

VIII.

Seis meses despues sali para Segovia en clase de cadete de artilleria. Mi tio murió. Yo no volví al pueblecito que guardaba los restos del que me habia servido de padre. Rosa he sabido que se casó con un americano á los cuatro años de la escena que os he pintado, que quiere mucho á su esposo, que ha engordado y que tiene dos niños. Debe estar fea.....

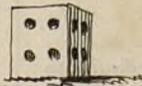
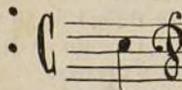
Esto se lo oí contar á un amigo mio, padre de dos niñas, y fiel esposo de una buena y sencilla mujer.

IGNACIO VIRTO.

Solucion del geroglífico anterior.

En cosas de amor y guerra nada se concluye sin que se acerquen los contendientes.

CADIZ: 1856.—Imprenta de la Revista Médica.



DEL

